

mi hombre tiene ese algo
tan... tan de hombre



Suaves y deslizantes
afeitados eléctricos, aún
en días de calor y
humedad! ELECTRO
MASAJE KAMEL
facilita definitivamente
el pasado de la máquina
eléctrica, dejando su
rostro suave y
recientemente natural.
Casi perfumado. Con
ese algo tan... tan de
hombre.

ELECTRO MASAJE

kamel

(SOLRIZA, S. A.)

para el sexo (muy) fuerte

Es un producto de la serie KAMEL

un aroma de leyenda

CADA año, desde que de un modo orgánico se ha establecido el hábito de las reposiciones veraniegas, salta de nuevo a las pantallas algún viejo Ford. «El hombre tranquilo», «Fort Apache», «La diligencia», «Rio Grande»... Una de las figuras más discutidas del cine, en quien se centran odios profundos y admiraciones acérrimas, está pudiendo así ser revisada, aunque sigan permaneciendo inéditos en nuestro país títulos suyos básicos, como «Grapes of Wrath». Ahora le ha tocado el turno, a los veinte años justos de su producción, a «Pasión de los fuertes». Se trata de un film de madurez, rodado en la época de la que el irlandés se dedicaba a las obras «de prestigio», y que marca su retorno al western. En efecto, en los años anteriores a la realización de «Pasión de los fuertes», Ford se había dedicado preferentemente a la adaptación de obras literarias de mayor o menor calidad, a un cine de pretensión intelectual que le ha valido las mayores alabanzas de la crítica sin ser lo mejor de su obra. Liam O'Flaherty («El delator»), Guy de Maupassant («La diligencia»), John Steinbeck («Las uvas de la ira»), Erskine Caldwell («El camino del tabaco»), Eugene O'Neill («El largo viaje a casa»), Graham Greene («El fugitivo») han ido sirviendo de soporte a sus obras de este período. En este sentido puede decirse que «La diligencia», obra que automáticamente suele citarse como clave del western fordiano, está más en esta línea del cine de «qualité» que en la del auténtico western. Es por lo que «Pasión de los fuertes» supone, incontestablemente, un retorno a un género cultivado con fortuna por el mismo autor con anterioridad y con resultados diversos más tarde.

En «Pasión de los fuertes» se retrotra, una vez más, la historia de Wyatt Earp y Doc Holliday y del famoso duelo de O. K. Corral. A sabiendas de que todos los elementos utilizados en su film pertenecen ya, más que al dominio de la historia, al de la leyenda del Oeste americano, Ford ha dado a su film un tono que lo sitúa desde las primeras imágenes en este terreno. Desde la balada inicial hasta la elipsis con que se resuelve el tiroteo final, desde la presentación de los personajes cuyos datos esenciales se supone en posesión del espectador hasta la descripción de la ciudad, Tombstone, una de las más famosas del Oeste, dada sólo a través de signos. Todos los componentes de la mitología westerniana figuran en el film, de A a Z, tratados como tales, y al propio tiempo insertos en una cotidianidad conseguida a través de los decorados y el vestuario, mucho más a ras de tierra que lo que es habitual en este género de films. Clasicismo y modernidad se alían así en una casi perfecta amalgama, que hace resaltar a veces, precisamente por superarla con mucho, la linealidad del guión, la «dramaticidad» de la historia. Aquí sí puede hablarse de todo lo que, con posterioridad, se ha sacado a relucir con motivo de «El hombre que mató a Liberty Valance», una película que, en muchos aspectos, recuerda a «Pasión de los fuertes», sin tener su brío ni su redondez. La oposición del hombre del Este y el del Oeste, de la cultura y el vitalismo, de dos concepciones del mundo diferentes de cuya conjunción se pretende deducir que puede salir la actitud válida para desenvolverse en un determinado momento de la historia americana, está esbozada en «Pasión de los fuertes», y la ulterior reflexión sobre el tema que será «Liberty Valance» no hará sino llevar a primer término las tremendas contradicciones ideológicas de su autor —hombre que lo mismo ha defendido generosamente a los indios que les ha atacado con crueldad, que igual ha criticado al ejército que ha compuesto las más fascistas exaltaciones de él— a tiempo que se denotaba un envejecimiento del hombre, que el canto de cisne que supone «El gran combate» no basta para poder negar. El hombre contradictorio que es Ford, contradicción que, por otra parte, se da en casi todos los realizadores americanos, sometidos a condiciones de trabajo muy distintas de las europeas —el propio Ford vio terriblemente mutilada su última obra, y en alguna ocasión ha declarado que de toda su carrera, apenas se siente enteramente responsable de media docena de films y que el hecho de ser productor de muchos de ellos no le ha garantizado una mayor libertad—, se encuentra, en consecuencia, mucho más cerca de sí mismo cuando toca un tema como el de «Pasión de los fuertes», anclado en una tradición que conoce a fondo —trató personalmente al sheriff Wyatt Earp— e inmerso en una realidad y en una escala de valores en los que, a partir de la concepción del mundo fordiana no exenta de sentimentalismo, no caben los bruscos y a veces brutales bandazos a que nos tiene acostumbrados. «Pasión de los fuertes» —el título original, «My darling Clementine», era mucho más ilustrativo del exacto sentido del film—, al entrar de lleno en el terreno de la leyenda, con sus componentes heroicos y sentimentales, encaja perfectamente en la personal manera de ver el mundo de su autor y, en consecuencia, es una de sus obras más redondas. Puede reprochársele, a veinte años de distancia, un excesivo culto a la plástica que le llevaría a cooperar con el entonces en la cumbre Indio Fernández en su siguiente film; un desarrollo «dramático» del relato, tampoco excesivo en cuanto que está plagado de cortes, de rupturas de tono que van logrando ese tono de fresco en ocasiones árido, en otras resultantemente lírico que es el que caracteriza al film. Pero todo esto no es grave, y menos si se tiene en cuenta que es la perspectiva la que lo pone de relieve. Ante «My darling Clementine», si no se justifica la admiración beata de los propugnadores de cualquier Ford a ultranza, hay que replantearse, al menos al mismo título, el ya casi histórico «Ford nos repugna» de Antonio Ecoiza...

CESAR SANTOS FONTENLA